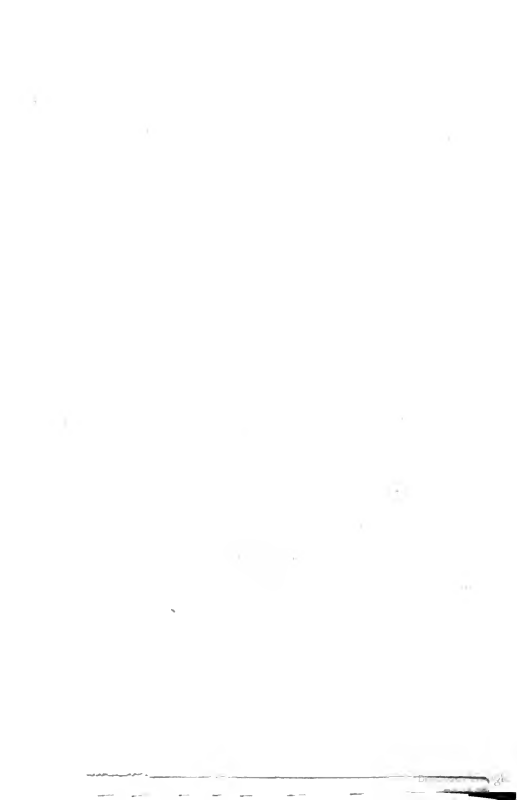


EN TREN DIRECTO.



EN TREN DIRECTO,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON PELAYO DEL CASTILLO.

Estrenado con grande éxito en el Teatro de Verano de Paul, la
noche del 14 de Mayo de 1869.



MADRID:

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.



73094

PERSONAJES.

ACTORES.

ROSA, modista. STA. P. NAVARRO.
LUIS, pintor. SR. M. DIAZ.
EL SR. PEDRO, portero., SR. C. MARTINEZ.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José María Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los correspondientes de la Galería dramática titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administra D. Alonso Gallon, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley

ACTO ÚNICO.

Interior de un sotabanco pobremente amueblado, pero respirando una esquisita limpieza. Puerta al foro, que conduce á la calle, lateral que guía á las habitaciones interiores. Un velador, sobre el cual habrá ropa blanca, avíos de coser, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

ROSA.

Vaya! á ver si así escarmienta!
(Cerrando con estrépito la ventana.)
Es particular! No puedo
asomarme á la ventana
sin que él se asome al momento
á la suya... Y lo más raro
es que no me dice ni esto,
ni me hace señas... Me mira
casi con arrobamiento,
y despues pinta ó dibuja
en un papel... Y no es feo!...
Í ero me estoy olvidando
de mi labor y la tengo
que acabar hoy mismo, sí;
pues lo he prometido, debo...
Aunque por dicha ó desgracia

pertenezca al bello sexo
y soy modista, no falto
jamás á lo que prometo.

ESCENA II.

ROSA y el SEÑOR PEDRO.

PEDRO. Buenos días nos dé Dios,
vecinita.

ROSA. (Es el portero.)

PEDRO. Cómo va?

ROSA. Bien, á Dios gracias,
y usted, ¿qué tal, señor Pedro?

PEDRO. Exceptuando á mi hija,
que padece de los nervios,
y mi mujer que está en cama
hace días, y mi yerno
que cogió una pulmonía
la otra noche, y mis dos nietos
que están con viruelas locas,
todos estamos tan buenos.

ROSA. ¡Alabado sea Dios!

PEDRO. Pero vamos al objeto
de mi visita. He venido
á decirla dos secretos
que he dicho ya en confianza
á todo el barrio.

ROSA. Discreto
es usted.

PEDRO. Siempre lo he sido.
Sepa usted que don Anselmo,
ese señor que hace un mes
vive en el piso tercero,
es un hombre sospechoso.

ROSA. ¿Qué me cuenta usted?

PEDRO. Al menos
lo parece.—Se retira
muy tarde á casa; yo suelo
abrirle todas las noches,
él me saluda muy serio
y pasa sin darme un cuarto.

ROSA. Qué atrocidad!

PEDRO. Su dinero
debe estar por loco atado.

ROSA. Por qué?

PEDRO. Nunca lleva suelto...
Me consta que va á una timba!

ROSA. Á una timba?

PEDRO. Sí.

ROSA. Y qué es eso?

PEDRO. Timba quiere decir... tumba.
Es una casa de juego.
Pues bien, el tal señor juega
y pierde, que es lo más negro,
de modo que nunca tiene
dos reales para el sereno
ni para mí, ¿qué más prueba
de que es un hombre perverso?...

ROSA. Claro.

PEDRO. Yo pienso dar parte
al inspector.

ROSA. Muy bien hecho.

PEDRO. Pero vamos á otra cosa.
La hija de don Ruperto,
nuestro vecino de enfrente,
se va á casar en secreto...
¡no lo diga usted á nadie!
Con un hombre de mi sexo!

ROSA. De veras?

PEDRO. Lo que usted oye,
señorita; pero creo
que álguien sube, juraría
que es doña Cruz con su perro.
¡Maldito animal! no sube
una vez, y sube ciento,
sin dejar en la escalera,
así, por vía de obsequio...
usted más de cuatro veces
habrá tropezado en ello.

ROSA. Pues corra usted á evitar...

PEDRO. Eso es!... voy; hasta luego.

ESCENA III.

ROSA, poco despues LUIS.

- ROSA. Pobre hombre! El caso es
que con sus chismes y cuentos
me distrae...
- LUIS. Señorita...
- ROSA. (El vecino!) Caballero...
- LUIS. Aquí estoy porque he venido...
me cubriré porque temo
atrapar un constipado...
Me sentaré porque eso
de bajar cien escalones
para subir otros ciento...
Á los piés de usted señora. (Sentándose.)
Yo, bien, gracias, y usted? — Vengo...
Pero no se mueva usted!...
- ROSA. Pero si yo no me muevo!...
- LUIS. Quieta! no hay necesidad...
No me incomoda el sombrero.
Venia á decirle á usted...
Francaamente, yo deseo
que se asome á la ventana
con más frecuencia, y espero
que no haga usted tantos gestos,
porque entónces no es posible
que yo consiga mi objeto.
- ROSA. Perinita usted que me asombre...
- LUIS. Por qué razon?
- ROSA. No comprendo...
- LUIS. Yo soy pintor, señorita,
un buen pintor.
- ROSA. Y modesto
sobre todo.
- LUIS. La modestia
no es virtud, es un defecto.
es orgullo disfrazado,
es amor propio encubierto.
Pero en fin, vamos al grano.
Como le iba á usted diciendo,

yo soy pintor; hace días
que necesito un modelo
para una Virgen, y le dicho
al verla á usted, (siempre es bueno
hacer favor) mi vecina
debe servir para ello.

ROSA. Y qué?

LUIS. Que se asoma usted
á la ventana un momento,
y apenas me ve se esconde.
Eso no está bien!... Y luego
que debe usted por lo visto
tener azogue en el cuerpo;
¡no para usted de moverse!
Y eso está mal.

ROSA. Caballero...
Soy dueña de mis acciones.

LUIS. Tiene usted razón.

ROSA. No tengo
necesidad de que nadie
me reconvenga.

LUIS. En efecto.
Tiene usted dos mil razones...
Se me ocurre un pensamiento.
No es necesario que usted
se asome á tomar el fresco...
Yo vendré siempre que sea
necesario...

ROSA. Pues mal hecho
en tomarse esa molestia...

LUIS. No, si yo no me molesto.
Yo estaré aquí dibujando
mientras esté usted cosiendo...
Adios.— Volveré á la tarde. (Sale por el foro.)

ROSA. Por fin se ha ido. (Continuando su labor.)

LUIS. (Volviendo.) Le advierto
que me debe recibir
sin escrúpulo, sin miedo...
Yo soy un cadáver.

ROSA. Cómo?

LUIS. Dicen que la vida es sueño;
yo he dejado de soñar,

conque claro está, me he muerto.
Hasta despues. (Sale.)

ROSA. Este hombre
es un torbellino, un trueno;
como vuelva...

LUIS. (Volviendo.) Señorita,
me gusta usted por su genio.
Es usted como yo, franca,
no gasta usted cumplimientos.
Á qué venia decirme,
caballero, usted es dueño
de frecuentar esta casa
cuando guste... Nada de eso;
cuando me sea preciso
volver, volveré y laus Deo.

ROSA. Caballero!...

LUIS. Señorita,
lo que es ahora uo puedo
detenerme. Volveré...

ROSA. Pero...

LUIS. Lo dicho, hasta luégo.

ESCENA IV.

ROSA, poco despues el SEÑOR PEDRO.

ROSA. Qué hombre tan original!
Y qué hablador! ¡Si no hay medio
de entenderse con él... ¡Hola!...
(Viendo al señor Pedro que viene con una cesta en-
vuelta en una servilleta.)
Es usted?...

PEDRO. Yo... y el almuerzo.

ROSA. Á fe que tengo apetito.

PEDRO. Sí? Pues ¡ea! iré poniendo
la mesa.

ROSA. (¿Si volverá
el pintor?) Mucho me temo.

PEDRO. Conque ha estado aquí el vecino
de enfrente?...

ROSA. Sí.

PEDRO. Pues lo siento.

- ROSA. Por qué?
- PEDRO. Usted no le conoce!...
Es ave de mal agüero!...
Á mí me hace rabiar mucho.
- ROSA. De veras?...
- PEDRO. Sin ir más lejos,
ayer me dijo:—Querido,
estoy baciendo el bosquejo
de un cuadrito de costumbres
y necesito un modelo
para un vejete ridículo
que ha de estar en primer término.
Yo tengo en mi mente un tipo
muy feo, pero confieso,
no lo hago por adularle,
que es usted mucho más feo.
Véngase usted á mi casa
y le daré real y medio...
- ROSA. Já! já! já!
- PEDRO. Cogí la escoba,
y si no se va, lo estrello.
- ROSA. Já! já! já!
- PEDRO. Y se rie usted!...
- ROSA. Es claro...
- PEDRO. Le tengo un miedo
cervál! Pero siento pasos,
voy á ver quién es y vuelvo...
(Será el pintor?)
- ROSA. Señorita,
- PEDRO. hasta luégo y buen provecho.

ESCENA V.

ROSA, poco después D. LUIS, con papel, lápiz y otros avíos de dibujo.

- ROSA. Almorcemos.—Un puré
y además media perdiz...
- LUIS. Me hace falta una nariz
y vengo por la de usted.
- ROSA. Cómo! otra vez en mi casa...
- LUIS. Señora, no haga usted caso.

- ROSA. Pero...
- LUIS. Yo no me propaso.
- ROSA. (Eso sí, no se propasa.)
- LUIS. Qué nariz! griega!
- ROSA. Ilusion!
- Griega?
- LUIS. Es la pura verdad.
- ROSA. ¡Una nariz propiedad
de una hija de Alcorcon!
- LUIS. (Ayl qué bien huele!) Sí tal,
lo digo yo que lo entiendo...
- ROSA. (No le haré caso.)
- LUIS. Estoy viendo
que no se trata usted mal.
Pero almorzar sola...
- ROSA. Es esa
mi costumbre.
- LUIS. ¿Y hasta cuándo?...
¿A que está usted deseando
que yo me siente á la mesa?
- ROSA. Yo? Dios me libre...
- LUIS. Corriente.
- Usted dirá lo que quiera,
seria usted la primera
que dijese lo que siente.
- ROSA. (Si estará sin almorzar?)
- LUIS. (Soberbio golpe de vista.)
- ROSA. (No quiero ser egoista.)
- LUIS. (Ni el festin de Baltasar...)
Me da usted lástima, almuerzo
(Sentándose á la mesa)
por hacerle compañía,
que si no, no almorzaría...
Pero en fin, huré un esfuerzo...
- ROSA. Buscaba usted no sé qué...
- Ahl mi nariz. (Riendo.)
- LUIS. Mi nariz,
al oler esa perdiz,
me hizo olvidar la de usted.
- ROSA. No obstante, hagamos un trato.
- LUIS. Sepamos...
- ROSA. Ya que es su anhelo

- que le sirva de modelo,
le exijo á usted mi retrato.
- LUIS. En lienzo, en madera, en cobre!...
Como quiera usted! prometo...
- ROSA. Se lo mandaré á Aniceto.
Se alegrará tanto el pobre!
- LUIS. Aniceto debe ser
el objeto de su amor?
- ROSA. Ay!...
- LUIS. (Se enterneces!... Mejor!
Así no querrá comer.)
- ROSA. Fué el destino tan injusto
para nosotros!...
- LUIS. Si?
- ROSA. Oh!
- LUIS. Cuente usted... (Con eso yo
me despacharé á mi gusto.)
- ROSA. La ausencia en mi corazón
clava ¡ay! Dios! cien dardos fieros.
- LUIS. Señora, hace usted pucheros?
- ROSA. Como que soy de Alcorcón.
- LUIS. Ya!—¡Bravo postre! pardiez!
- ROSA. Figurará en pocas mesas...
Le gustan á usted las fresas?...
- LUIS. Como que soy de Aranjuez.
- ROSA. Oh! dicen que las mejores
son de allí.
- LUIS. Indudablemente.
Mientras yo como, usted cuente
la historia de sus amores.
- ROSA. Yo le quiero, y él á mí,
está más enamorado...
Es poeta y el desgraciado
no tiene un maravedí.
Mi padrastro, que es un viejo
que en el oro su bien funda,
me dió primero una tunda,
y despues este consejo:
Aniceto es un pelámhre,
no te acuerdes de su nombre,
pues no te conviene un hombre
que te va á matar de hambre.

Mas logró desvanecer
mis temores Aniceto.
probándome en un soneto
que no es preciso comer;
y que se encerraba en mí
un capital, un tesoro,
porque eran mis trenzas de oro
y mis labios un rubí
partido por gala en dos,
y mi cuello de alabastro...
pero un día mi padrastro
nos cogió hablando, y ¡ay, Dios!
Aunque del lírico Orfeo
no heredó el amor al arte,
gritó: «Rosa, voy á darte
una lección de solfeo.»
Así trascurrió un mes justo,
hasta que me dijo un día:
voy á casarte, hija mía,
con un novio de mi gusto.
Aunque no sabes quién es
ni él tampoco te conoce,
nada importa, con el roce
ya entrará el amor despues.
El padre del novio está
conforme con esta boda,
á los dos nos acomoda.
Bastante te he dicho ya.
Yo, no encontrando otro ardid,
cometí la picardia
de huir de Alcorcon un día,
y de venirme á Madrid.
Aquí vivo sin reposo,
sin adelantar un paso,
porque es la verdad del caso,
que vivo de lo que coso;
y tengo el alma en un tris,
y sufro mucho en secreto,
que un poeta como Aniceto
no es ningún grano de anís.
Concluyó usted ya de hablar?

LUIS.
ROSA

Sí señor.

Luis. Está muy bien.
Casualmente yo tambien
he acabado de almorzar.
Oí con mucho placer...
Esa historia con la mia
guarda mucha analogía.
Rosa, De veras?

Luis. Va usted á ver.
Tambien yo una vida arrastro
bien cruel.—Mal que me cuadre,
me dió mi destino un padre
que es casi casi un padrastro.
Como usted, en ruda lid
constantemente vivia,
y como usted, dije un dia:
Ea! me voy á Madrid;
y creyéndome ya rico
y feliz, hice mi entrada
en la villa coronada
con siete reales y pico.
Como pasé mil apuros,
y los paso todavia,
le escribí á mi padre un dia
pidiéndole treinta duros.
Y cuál su respuesta fué?
proponerme cierto enlace...
Vaya, eso sólo lo hace
él ó el padrastro de usted.
Viendo lastimosamente
defranda la mi esperanza,
le contesté sin tardanza
diciéndole lo siguiente.
Padre cruel! ¿No penetras
que son mis angustias hartas?
Yo no necesito cartas,
lo que yo quiero son letras!
Y él hizo un mal comentario,
tradujo mal mi deseo;
porque á vuelta de correo
me mandó un abecedario.
En fin; que yo, sin saber
cómo vivir con holgura,

dije... El arte! la pintura
me dará para comer;
pero cá! Ni por asomo!
Seria un pintor sucinto
si estuviera lo que pinto
al nivel de lo que como.
Me alimento de ilusiones,
reina en mi estómago Eolo,
y eso que me pinto solo
para pintar bodegones.
Ay! sin ser anacoretas,
tienen los pintores dias
de ayuno... ¡y comen judias!
sabiendo pintar chuletas!
En fin, con esto acabé
de contarle á usted mi historia,
aquí paz y despues gloria.
Qué le ha parecido á usted?

ROSA. Que es como la mia, un drama.

LUIS. Lo que yo á usted le decia,
existe una analogía...

ROSA. Sí!... Y quién sabe... usted se llama...

LUIS. Yo me llamo Luis Vellido.

ROSA. Qué oigo! Y yo Rosa Segura.

LUIS. ¿Luego es usted mi futura?

ROSA. ¿Y es usted mi prometido?

LOS DOS. Já! Já!...

ROSA. Encontrarnos los dos...

LUIS. Pues tal vez para bien sea.
Se me ha ocurrido una idea
sublime.—Gracias á Dios
no fué nuestro encuentro vano.

ROSA. Veamos.

LUIS. Yo escribiré
á mi padre, y le diré
que usted renuncia á mi mano,
que usted ama á otro.

ROSA. Sí!

Y yo...

LUIS. Usted le escribirá
á su padre que...

ROSA. Ya, ya!

Que usted no me quiere á mí?
Bien pensado!

LUIS. No es verdad?
ROSA. Pues! cada cual por su parte...
LUIS. Usted el amor, yo el arte!...
Y ¡viva la libertad!...
ROSA. Viva!...
LUIS. Se salvó el país...
ROSA. Somos felices!
LUIS. Pues no!
Yo voy á escribir...
ROSA. Y yo!
LUIS. Adios, Rosita.
ROSA. Adios, Luis!
(Entra en su gabinete.)

ESCENA VI.

LUIS, que al dirigirse al foro se habrá detenido un momento;
después bajando al proscenio, dice dirigiéndose al público.

Supongo que aquí habrá muchos
que empezando por hacer
telégrafos á una chica
se habrán casado despues.
¿Qué tal les ha ido á ustedes?
Les ha ido mal, ó bien?
Lo digo porque... ¡Qué diantre!
me hace gracia esa mujer
y por si acaso algun dia,
llego á caer en la red...
Pero no!... Eso seria...
seria una estupidez.

ESCENA VII.

DICHOS y el SEÑOR PEDRO.

PEDRO. Rosita, como usted sabe,
tengo un reloj de pared
que va muy mal... Ah! vecino,
usted sabe qué hora es.

LUIS. Sí señor. (Marchándose.)
PEDRO. Le he preguntado...
LUIS. Si sé qué hora es? Pues bien.
 Lo sé.
PEDRO. Pero...
LUIS. (Gritando.) Cuántas veces
 he de decir que lo sé!

ESCENA VIII.

EL SEÑOR PEDRO, poco después ROSA.

PEDRO. Pues señor, quedo enterado.
 Es el hombre más soez...
ROSA. (Ea! ya escribí la carta.
 Él habrá escrito también...)
PEDRO. Vecina, como usted sabe,
 tengo un reloj de pared
 que era un gran reloj allá
 por el año veintiseis,
 cierto que va mal ahora.
ROSA. (Nos pondremos á coser...)
PEDRO. Sin embargo... En fin, vecina,
 usted sabe qué hora es?...
ROSA. (Mucho tarda.)
PEDRO. (No responde.)
 Vecina, querrá usted creer,
 querrá usted creer, vecina,
 que hace dos horas ó tres,
 que está el hombre de mi sexo
 haciendo muecas... y á quién!
 á la vecina de enfrente,
 que es más fea... Yo no sé,
 lo que dicen; ella hace
 con los dedos... así, y él
 así... Ni que fueran mudos!...
ROSA. En cambio habla usted por diez!
PEDRO. Pues mire usted, es el caso
 que tengo mucho que hacer,
 primero, dar un recado
 de muchísimo interés
 al señor Blanco, que vive

allá en la calle del Pez,
y despues... En fin, vecina,
usted sabe qué hora es?...
ROSA. (Lo que es él, no ha dicho nada
de volver, pero tal vez...)
PEDRO. Mi reloj era muy bueno,
ni un *calderómetro* inglés...
pero hoy sufrimos los dos
el mismo mal, la vejez.
Por lo demas es muy fijo,
tanto que no sé por qué
ha dado en no andar... Vecina,
usted sabe qué hora es?
ROSA. No señor!
PEDRO. Conque no?
ROSA. He dicho
que no!
PEDRO. Ya!
ROSA. Qué pesadez!...
PEDRO. Pues señor, en ese caso...
(Algo debe suceder
cuando me responde así
de un modo tan descortés.)
Adios. (No me oye.) Hasta luego.
(No me quiere responder.)
Hasta la vista. (Ni un poste.)
Conque, nada, hasta despues...
(No cabe duda, aquí hay algo...
Qué será? Yo lo sabré.)

ESCENA IX.

ROSA, luego LUIS.

ROSA. Habrá escrito ya la carta...
Tarda ya mucho en volver...
Ese joven, francamente,
tiene cierto no sé qué...
Me gusta ¿por qué negarlo?
LUIS. Vecina.
ROSA. (Aquí está.)
LUIS. (Entregándole un papel.) El papel

:

- prometido.
- ROSA. (id.) Carta canta.
- LUIS. Lea usted.
- ROSA. Vamos á ver.
- (Leyendo la carta que le ha dado Luis.)
- «Padre, cállame corriente
»y con toda la premura
»que reclama un caso urgente,
»voy á hacerle á usted presente
»lo que hay sobre mi futura.
»Es amable, lo colijo,
»por mucho que no me cuadre,
»del tono en que ayer me dijo:
»dígame usted á su padre
»que no me gusta su hijo.
»Aunque el medio no es legal,
»si á usted le parece bien,
»y ella no le toma á mal
»la pondré al pecho un puñal,
»y dirá por fuerza amen.
»Como su desden deploro,
»una vez casada, el giro
»que puede tomar no ignoro,
»y ántes que me coja el toro
»me voy á pegar un tiro.
»Posdata: esta carta cierro
»pidiéndole una merced;
»voy á morir como un perro...
»Agradeceré que usted
»me mande para el entierro.»
- LUIS. Qué le parece á usted?
- ROSA. Bravo!
- LUIS. Ahora voy yo á leer...
- ROSA. Le trato á usted muy mal.
- LUIS. Sí?
- Muchas gracias.
- ROSA. No hay de qué.
- LUIS. (Leyendo la carta que le ha dado Rosa.)
- «Señor padre: me apresuro,
»aunque usted de negligente
»me acusará, de seguro,
»á decirle en la presente

- y podría suceder....
- ROSA. Como usted no se esté quieto
le puedo pinchar...
- LUISA. Pardiez!
No había yo reparado,
tiene usted un pie... qué pie!
No lo oculte usted, en algo
me debo yo entretener...
- ROSA. Quietó he dicho!
- LUIS. Ay! Dios, qué ojos!
- ROSA. (Ya va cayendo en la red.)
- LUIS. Quién resiste á una mirada...
Ni el castísimo José...
Míreme usted... Así no!...
- ROSA. Pero...
- LUIS. Con más languidez!...
No me mira usted, señora?
Señora, míreme usted!...
- ROSA. Á que le pincho?
- LUIS. Qué gracial
Qué elegancial qué esbeltez!...
- ROSA. No cesa usted de moverse...
- LUIS. Y qué labios!... No hay pincel
que pueda... Y qué dentadura!
¿Se rie usted?
- ROSA. Qué he de hacer!...
- LUIS. Pero qué dientes! qué dientes!
Ríase usted y verá...
¿No se rie usted, señora?
¡Señora, ríase usted!
- ROSA. Así nunca acabaremos...
- LUIS. Pero... ¿Lleva usted corsé?...
qué talle ¡si cabe aquí!
(Queréndolo abarcar con las dos manos.)
- ROSA. Luis! (Retirándose.)
- LUIS. No sea usted cruel!
Dejarme de esta manera...
Pues! Así, á medio coser...
Darme como si dijéramos
una dedada de miel
y luego... No me conformo.
- ROSA. Pues esté usted...

LUIS. Estaré
como á usted le dé la gana.
ROSA. Poco cuesta prometer...
LUIS. No me cree usted, señora?
Señora, créame usted!...
ROSA. Una puntada y concluyo.
LUIS. De usted aunque sean diez!...
Puede usted estar segura
de que no me quejaré...
Pero qué mano! ay, qué mano!
ROSA. Dale!
LUIS. Qué mano!
ROSA. Otra vez?...
LUIS. Qué hoyitos tan deliciosos!...
No me puedo contener!...
ROSA. Luis!
LUIS. Permita usted que en ella
imprima un beso, dos, tres...
(Besándola la mano.)
Ay!
ROSA. Lo ve usted? le he pinchado.
LUIS. Acabó usted?... (Levantándose.)
ROSA. Acabó.
LUIS. Rosa...
ROSA. Qué quiere usted?
LUIS. Rosa!...
ROSA. Que?
LUIS. Que lo pase usted bien.
(Sale precipitadamente por el foro.)

ESCENA X.

ROSA, poco despues LUIS.

ROSA. Marcharse tan bruscamente...
Yo no puedo comprender...
Y es un jóven muy simpático,
no cabe duda, lo es...
Más que Aniceto; este tiene
el genio más vivo, aquel
es tan soso!
LUIS. (Asomando la cabeza por la puerta del foro.)

Rosa?

ROSAL. Qué hay

LUIS. Que cose usted muy mal.

ROSAL. Qué?

LUIS. Nada, que el boton del cuello
se ha descosido otra vez;
si usted me hiciese el obsequio
de volvérmelo á coser...

ROSAL. No señor.

LUIS. Oiga usted, Rosa, (Entrando.)

Yo he nacido en Aranjuez,
lo cual no impide que sea
hijo de un aragonés.

ROSAL. Y qué?

LUIS. Que soy testarudo,
que no acostumbro á ceder.

ROSAL. Y qué?

LUIS. Que á mí no me asustan
los obtáculos.

ROSAL. Y qué?

LUIS. Que me estorba eso Aniceto,
que confunda Dios, amen;
que quiero romperle el alma
y que se la romperé...

ROSAL. Pero por qué?...

LUIS. Porque sí!...

ROSAL. Pero está usted en Belén!...

LUIS. Usted ha escrito una carta...

ROSAL. Es verdad.

LUIS. Diciendo que...

ROSAL. Que usted renuncia á mi mano.

LUIS. Señora, por San Andrés!
hagáme usted el obsequio
de romper ese papell!

ROSAL. Por qué?

LUIS. Porque miente!

ROSAL. Cómo!

LUIS. Y eso es una avilantez.

ROSAL. Luego usted quiere...

LUIS. Yo quiero

que sea usted mi mujer!

ROSAL. Y Aniceto?

LUIS. Por Díos, Rosa,
no me mortifique usted.
rompe usted la carta ó no?...
ROSA. Usted ha escrito tambien...
LUIS. Si tal! He escrito una carta
que está respirando hiel!...
En ella dice usted...
ROSA. Digo
que no me puede usted ver.
Hágame usted el obsequio
de romper ese papel.
LUIS. Luégo usted...
ROSA. Bastante digo.
LUIS. Rosita...
ROSA. Luis!...
LUIS. ¡Oh! placer!
oh! regocijio! oh! ventura!
Míreme usted á sus piés.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el SEÑOR PEDRO.

PEDRO. Gran noticia! sorprendente!
ROSA. Pues qué sucede?
LUIS. Qué pasa?
PEDRO. Nada, que ya no se casa
la vecinita de enfrente.
ROSA. Pero por qué?
PEDRO. Porque no.
El novio se llama andana.
ROSA. Pícarol
LUIS. En cambio mañana
nos casaremos tú y yo.
PEDRO. Boda impensadal
LUIS. En efecto...
PEDRO. Eso es amar al vapor!
LUIS. Qué quiere usted, el amor
viaja siempre... *En tren directo.*
ROSA. Para casarse, algunos
lo están pensando
un siglo y no se casan

LUIS. al fin y al cabo...
Qué quieres!... Almas
que viajan por el mundo,
en tren... de escala.
ROSA. Y nosotros en ménos
de un cuarto de hora,
hemos improvisado
aquí una boda...
LUIS. Sí; y es que hacemos
el viaje por el mundo
en *tren directo*.

43094

FIN

~~1911~~

